

dano por excelencia, tuvo eco en su voz; las hogueras de Huss y Savonarola marcaban las etapas primeras de la revolución religiosa.

Ya vimos á Carlos VIII recorrer triunfalmente la Península, recoger lo que él llamaba su patrimonio, como heredero de los Anjou de Nápoles, y luego retirarse precipitadamente; con Luis XII, su sucesor, hemos visto la ruina del refinado y pérfido Luis el Moro (Sforza), al Milanesado dominado por Francia, y luego las guerras entre franceses y españoles.—Alejandro VI, entretanto, había pretendido llevar á cabo un designio, caro á muchos italianos: formar un gran estado en el centro de la península, que convirtiera á los otros en satélites. El papa era algo mejor quizás que la infernal reputación que ha dejado; lo de los venenos y los incestos parece calumnia; su hija Lucrecia no era el tipo de perversión que nos pintan la crónica y el drama, aunque sí debilísima con su padre y su hermano. Este era el demonio de la familia; muy inteligente, muy perseverante, muy corrompido, César Borgia, el fratricida, era el ídolo y el amo de su padre; cardenal primero, general después, digno de que Maquiavelo le dedicase su *Príncipe*, logró, con los recursos del papa y los franceses, conquistar, sin pararse en crímenes, el centro de Italia, pero no para la Santa Sede, sino para sí, obligando á su padre á erigir los Estados Pontificios en ducado de Romaña.—Todo se derrumbó con la muerte de Alejandro VI. Julio II era un condottier de gran vuelo hecho papa; irascible y brutal, se empeñó en libertar á Italia de los bárbaros (así llamaba á los extranjeros) lanzando á los unos contra los otros, mientras él hacía expediciones para apoderarse de las ciudades insumisas, vestido con los arreos militares y apareciendo en la brecha. A este terrible papa siguió un Medici, León X; era el *Renacimiento* coronado con la triple corona. Hombre bondadoso, aunque capaz de ser cruel por miedo, como lo demostró la tortura, la muerte y el destierro de algunos de sus cardenales; de vida correcta, aunque adorador de los placeres artísticos, el protector de Rafael y de Bramante, hizo de su corte una maravilla de esplendor, de lujo estético; el centro de la inteligencia y del gusto. Mucho era lo que tenía que gastar, sobre todo, en concluir la fábrica de la nueva é inmensa basílica de San Pedro, y apeló á la cristiandad para que cubriera sus gastos, vendiendo por todas partes el perdón temporal de los pecados, *las indulgencias*; de aquí había de brotar la chispa de la revolución religiosa en Alemania. León X murió en 1521. Cuando tuvo noticia de la protesta de Lutero, dijo: «es una querrela de monjes.» Era un cisma irreparable.

EUROPA Y LA RESURRECCION DEL IMPERIO.

(DE 1517 Á 1555.)

1. Carlos I, Rey de España; comunidades y germanías.—2. Carlos V, Emperador de Alemania; situación interior de sus dominios europeos. La conquista de América. Alemania y los preludios de la Reforma.—3. Las guerras con Francia y con el Islam. El Emperador y los protestantes. Abdicación y muerte.

1. *Carlos I, Rey de España; comunidades y germanías; la guerra civil.*—El Santo Imperio romano-germánico, institución eminentemente medioeval, por un concierto de circunstancias extraordinarias, resurge en pleno Renacimiento más vasto que el de Carlo Magno y con su séquito de reyes vencidos, de pueblos sometidos, de infieles domeñados, de papas reducidos á tutela. El jefe de este Imperio es un sacerdote-rey, como un Ottón ó un Enrique; es, á un tiempo, el jefe terrenal de la cristiandad y el jefe militar de Europa; mas todo eso era efímero y facticio; buena parte de la cristiandad se rebela contra sus jefes espirituales y terrenales y se emancipa de ellos para siempre; y Europa, mejor constituida, formada ya de nacionalidades concretas, nulifica las victorias imperiales y convierte en un sueño la supremacía del Santo Imperio; era que las condiciones sociales y políticas habían cambiado totalmente, y el ensayo infructuoso de Carlos V demuestra mejor que nada que la Edad Media había muerto.—Carlos vió la luz en Gante en 1500; destinado á heredar un poder gigantesco, nació de Felipe de Austria y Borgoña, hombre de placer y vanidad, y de una demente, Juana de Castilla, al primer albor de un siglo trágico y grande como ninguno, de un siglo que puede llamarse *genial*. La sangre de Carlos el Temerario, un desequilibrado, y de Maximiliano, un neurópata también, estaban neutralizadas en el joven Rey de España por la herencia materna de razón y de superioridad de espíritu, de D. Fernando y de Doña Isabel; pero le llegaba enturbiada por medio de Doña Juana la Loca. Así fué un hombre de inmensa ambición jamás satisfecha; de enormes designios, no pudo rematar uno sólo; cayó al fin, vencido por su tiempo, al que era inferior.—Su aparición primera en España produjo una triste sorpresa. Carlos no pidió nunca á su reino más que *cuentos de maravises* por mayor, soldados y marinos sin cesar, y alguno que otro político ó teólogo. Rodeado de flamencos ávidos, á quienes pretendió dar un papel importante en el Consejo y en las Cortes, la impresión causada en su reino fué malísima, como había sido indigno el comportamiento del joven monarca (tenía 17 años) con el eminente cardenal Cisneros. Así no le costó poco tra-

bajo hacerse reconocer como rey conjunto (con Doña Juana) en Aragón y Cataluña. Muere entretanto su abuelo el emperador Maximiliano, y Carlos se presenta como candidato al solio imperial, pero con un fuerte partido adverso en el colegio electoral, influído por el oro de Francisco I, que cometió la torpeza de presentarse él como competidor, en vez de escoger un alemán por candidato. Por un sólo voto obtuvo Carlos el Imperio y partió para Alemania, no sin exigir nuevos cuentos de maravedises á los españoles, á quienes dejaba por regente á un flamenco, el cardenal Adriano, su preceptor, que luego fué papa. El enojo público fué persiguiendo al emperador de cortes en cortes hasta las orillas del mar; cuando Carlos se embarcó, varias ciudades habían alzado el pendón rebelde contra el regente extranjero; esta rebelión era una protesta contra las violaciones de la libertad electoral, que en el nombramiento de las últimas Cortes habían sido flagrantes, contra la ausencia del rey, contra el gobierno de los extranjeros. De Guipuzcoa á Andalucía casi todas las ciudades secundaron la insurrección; los nobles tomaron parte en ella, el regente fué hecho prisionero y la reina Doña Juana, cuyo nombre invocaban los rebeldes, *los comuneros*, como les llamaban, sancionó los principios proclamados, aunque luego se rehusó á todo, en su reclusión de Tordesillas; muchos jefes tuvo la insurrección; ó audaces como el obispo Acuña, ó valientes y dignos como Padilla, Bravo y Maldonado; mas cometieron funestas imprudencias que los debilitaron y los condujeron al desastre de *los Campos de Villalar* (1521), después del cual los heroicos caudillos fueron ajusticiados.— En el reino de Valencia, tiempo hacía conmovido por los partidos populares en contra de la nobleza, se formaron ligas que tomaron el nombre de *germanías* que, también triunfantes al principio, acabaron por ser ahogadas en sangre. Cuando Carlos volvió á España en 1522, ya electo emperador, el reino estaba pacificado.— El espíritu foral, era, es cierto, un óbice serio para la unificación de la patria española; pero á su vivaz energía se había debido, en suma, la reconquista, y habría podido nacer de las libertades municipales la libertad política nacional, sin el absolutismo de los Austrias empeñados en aventuras exteriores: Villalar fué un golpe de muerte para el localismo, é hizo imposible por tres siglos una España libre.

2. *Carlos V Emperador de Alemania. Situación interior de sus dominios europeos. La conquista de América. Alemania y los preludeos de la Reforma.*— El Emperador Carlos V tenía bajo su dominio *el patrimonio de los Habsburgs*, e. d., el archiducado de Austria y el Tirol, Alsacia, Brisgovia y una parte de Baden y Wurtemberg; el de la casa de Borgoña, e. d., los Países Bajos; el de Castilla y Aragón con Navarra y Cataluña, y con las

posesiones americanas; el de las dos Sicilias y Cerdeña, y disputaba á Francia la Borgoña propia y el Milanésado; tenía, además, la supremacía en la Europa central, e. d., en Alemania. En Austria, donde no habían faltado sublevaciones como las españolas, el Emperador espiaba la ocasión de hacer ingresar definitivamente en su patrimonio de Habsburgo á Hungría, cada vez más directamente amenazada por los turcos, y á Bohemia, lo que no se logró en su tiempo. Todo era quietud en los dominios imperiales, con excepción de Alemania. Las Sicilias, perfectamente tranquilas, aborrecían la dominación española; pero incapaces de sacudirla, se sometían. España, trémula aún, después del terrible sacudimiento de las Comunidades, presenciaba el desenvolvimiento del sistema absolutista, pero, en suma, estaba satisfecha, porque sus reyes le aliviaban el impuesto, y si hacían pesar cada vez más sobre ella el impuesto de sangre, esto lo compensaban con la gloria y las aventuras que halagaban por todo extremo el orgullo español.

América.— El nuevo mundo, ese premio concedido por la Providencia al pueblo soldado de Cristo (premio que le costó tan caro), era un campo ilimitado para todas las ambiciones y todas las codicias; el nuevo mundo, las Indias, eran *de y para* los españoles, sólo para los españoles.— Con los reyes católicos termina el período principal de los descubrimientos; la América insular, buena parte de las costas del Golfo mexicano, de la América ístmica y una fracción del litoral levantino de lo que iba á llamarse Sud América, habían sido visitados; Magallanes, al fin de este período, emprende la prodigiosa odisea que iba á completar la revelación del continente americano.— Con Carlos V comienza el período heroico de las conquistas: España toma posesión de la América intertropical (con excepción del Brasil) y avanza por las zonas templadas de ambos hemisferios con la cruz y la espada. Ningún pueblo ha podido hacer tanto con tan exiguos recursos; ninguno ha gastado para suplir la fuerza material, mayor cantidad de espíritu, es decir, de energía, de audacia, de codicia, de fe. América era en parte salvaje; había grandes porciones que habían adoptado la vida sedentaria, signo por excelencia de la civilización, aunque su organización era rudimentaria; otros pueblos, como *los mayas*, *los nahoas*, *los peruanos*, habían formado grandes ciudades, estaban constituídos en fuertes jerarquías teocráticas y militares, la división del trabajo había dado origen entre ellos á la formación de *castas*; las artes, la industria, el comercio, progresaban; no les era desconocida la escritura fonética (á los mayas de Yucatán sobre todo) y tenían literaturas, principalmente sagradas. Eran, pues, civilizaciones plenas, con la singularidad de que eran de generación espontánea (los contactos con el Asia son problemáticos y deben

de pertenecer á las épocas prehistóricas), hijas de la raza y del medio. Había en estas civilizaciones deficiencias enormes, y eran, sobre todo, incompatibles con la complexísima y dos ó tres veces renovada civilización de los indo-europeos; puestas en contacto, *la americana estaba destinada á morir*. Mas arraigaba tanto en la naturaleza del indígena, que su decadencia ha durado siglos; incapaz de sobreponerse á la otra, tomó un carácter de pasividad infinita y opuso una muda resistencia á la transformación que sólo se ha verificado en las capas superficiales de la raza. España no pudo hacer la conquista de esa raza, no conquistó más que el territorio, y la España que en su inmensa extensión organizó, fué una España deficiente y débil, que aun lucha, ya emancipada, para integrarse y fortificarse, al través de gigantescas dificultades.—No hizo la conquista de *la raza*; allí donde esa raza no era civilizada (en las Antillas) la hizo desaparecer á fuerza de quererla explotar hasta el martirio; en las vastas regiones americanas en que halló pueblos civilizados, no la pudo destruir, porque su estado de civilización aumentaba su coeficiente de resistencia á la destrucción: no la quiso destruir de pronto el conquistador, porque la distribuyó en grupos esclavos *en la encomienda y en la mina*; pero el rey, es decir, el Consejo de Indias, benemérito de los americanos, impidió esta esclavitud en el derecho, y los celosos misioneros cristianos la impidieron en el hecho y salvaron la raza. Mas no la transformaron: el cristianismo bien practicado y el fomento sistemático del cruzamiento de una raza vigorosa como la española y la europea en general, con la terrígena, que es una raza perfectamente adecuada al medio climatológico en que había crecido, habría producido una media raza fecunda y fuerte. Gracias al aislamiento de los indígenas, celosamente mantenido por los frailes, el cristianismo produjo un bien, abolió los sacrificios humanos: produjo un mal grave, hizo á los indígenas más resignados y sumisos, los educó para la pasividad absoluta. Todo esto preparaba al porvenir de las colonias españolas los más temerosos, los más desesperantes problemas sociales; de modo que España, colonizadora, tiene ante la historia humana las más graves responsabilidades: ya la veremos más tarde en su trabajo organizador.

La conquista de los dos grandes imperios, mexicano y peruano, es una maravilla de valor, de inteligencia, de fortuna. Impulsados por un sentimiento complejo de aventura, de codicia infinita y de religiosidad, que les daba aliento para acometer las empresas titánicas que realizaron y les prometía la absolución de cuantos crímenes cometieran, los conquistadores españoles jamás repararon en las dificultades, ni tuvieron escrúpulo en los medios; por eso fueron tan audaces y tan crueles; sus abominables actos eran parecidos á los que se

verificaban en Europa misma, en ese tremendo siglo de sobrehumanos conflictos y de pasiones desmedidas que se llama el siglo XVI; ni la carnicería de Cholula tiene que envidiar al saco de Roma, ó á las matanzas ordenadas por Alva en los Países Bajos, ó á la San Bartolomé; ni el suplicio de Cuauquemoc al de Servet; pero como caracteres, como soldados, como organizadores, los caudillos de la conquista americana, sobre todo Hernando Cortés, pueden ponerse en parangón con las personalidades más salientes de aquella época en que la humanidad ha mostrado tal vez sus tipos más extraordinarios.

La Reforma en Alemania.—Alemania era la gran preocupación de Carlos V. El estado psicológico, digámoslo así, y social del imperio era muy grave; estaba preñado de negras amenazas. Sólo la pureza absoluta de las costumbres y la práctica de las virtudes apostólicas podían ser el signo visible de que la Iglesia católica tenía la misión divina de gobernar á las sociedades cristianas, y como sólo en momentos particulares y en grupos excepcionales ó en individuos extraordinarios, existían tales excelsas cualidades, un inmenso clamor de *reforma* salía de las entrañas de la Edad Media. Todos los herejes influían en las masas predicando *la vuelta al cristianismo primitivo*; todos los grandes santos del catolicismo pedían al clero y á las órdenes religiosas *reforma de las costumbres*; al papa *reforma de los abusos*. El concilio de Constanza, después del gran cataclismo religioso que se llamó *el Cisma de Occidente*, tuvo la misión de *reformular la Iglesia en su cabeza y en sus miembros*, según la fórmula vulgarmente usada; sólo proclamó la supremacía de los concilios en la Iglesia, puso fin material al Cisma y persiguió á los herejes. El concilio de Basilea conmovió todos los fundamentos de la Iglesia; el de Florencia zanjó las bases de una reunión irrealizable entre la Iglesia griega y la latina; pero *ninguno reformó*, ninguno correspondió al anhelo ardiente de la cristiandad.—El Renacimiento y los papas que de él surgieron, eran los menos á propósito para acometer tamaña obra; al contrario, sus necesidades financieras todo lo exacerbaban, todo se convirtió en tráfico en la Iglesia. Alemania, la más resentida porque la ingerencia de los papas había impedido el establecimiento en ella de una monarquía nacional; la más explotada porque los príncipes eclesiásticos y los agentes pontificios multiplicaban sobre ella los tributos; la más ardiente en el catolicismo, pero la más inclinada á idealizarlo y á disolverlo en metafísica, Alemania presentaba á la Reforma extra-eclesiástica, puesto que la Iglesia se declaraba impotente para reformarse á sí misma, el *medio* más propicio. De aquí el súbito efecto de la propaganda luterana: una terrible guerra social, la secularización de los bienes eclesiásticos en muchas regiones, honda incertidumbre en todas, deseo entre los católicos de reunir un nuevo concilio, pues todos,

emperador, príncipes, dignatarios eclesiásticos y pueblos, creían que sólo la reforma ortodoxa, pero radical, podía salvar de la reforma heterodoxa; y, como consecuencia de todo ello, una terrible é irremediable división en las conciencias, germen de futuros conflictos: tal era el problema que se planteó ante Carlos V en el momento mismo en que se encargó del Imperio.

3. *Las guerras con Francia y con el Islam. El emperador y los protestantes. Abdicación y muerte.*—La extensión de los dominios de Carlos V «en que no se ponía el sol,» era la causa primera de su debilidad; la heterogeneidad de razas é intereses era la otra, magna también. Si Carlos hubiera podido señorear el Norte de Italia y unirlo al Sur de Francia, conquistando la región comprendida entre los Pirineos y los Alpes, uno de los inconvenientes de la extensión de sus tierras, se habría vencido, porque ya no hubiera habido solución de continuidad entre ellas.—Francia cercada por las posesiones de la casa de Austria; sus monarcas ultrajados en los supuestos derechos que habían heredado sobre el Milanésado y las dos Sicilias; Francisco I mortificado por la importancia de un rival vencedor en el Imperio alemán y que se jactaba de serlo en todas partes, eran motivos suficientes para provocar el conflicto tremendo entre la casa de Francia y la casa de Austria, que en un tiempo fué necesario, luego justificable y después no, y que ha concluído en la edad contemporánea.—Para combatir, Francia necesitaba aliados; los buscó en Inglaterra; Enrique VIII tuvo una conferencia con Francisco I, pero humillado por el esplendor de éste, le prefirió á su sobrino político Carlos, y el cardenal Wolsey lo impulsó en este sentido. En Italia también perdió Francia la alianza de León X y, poco después, cuando ciñó la tiara el preceptor de Carlos V (Adriano VI), la alianza entre el Pontificado y el Imperio fué más estrecha si cabe. Malas eran estas condiciones; vencidos en el Este, á pesar de la heroica conducta de Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, y vencidos en Italia, los franceses tuvieron que pasar los Alpes perseguidos por los ejércitos imperiales, entre cuyos caudillos estaba Carlos de Montpensier, condestable de Borbón, que por resentimientos privados fué infiel á su patria. Los franceses defendieron admirablemente el territorio invadido y Carlos no pudo posesionarse de la Provenza, que era su designio. Poco tiempo después, Francisco con un nuevo y brillante ejército estaba de nuevo en Italia; pero vencido completamente al pie de los muros de Pavía, defendida por el indómito Antonio de Leyva, tipo de los soldados de hierro de la España de entonces, fué hecho prisionero y conducido á Madrid, en donde se vió obligado á firmar un tratado en que cedía parte del territorio patrio, y que en cuanto se vió libre se apresuró á desconocer (1526).—Uno de los más singulares episodios de estas

luchas fué la toma y saqueo de Roma por las bandas auxiliares de lansquenets y reitres que Borbón había traído de Alemania; el nuevo papa Clemente VII (Juan de Médici), siguiendo la política eterna de los pontífices, de impedir que una gran potencia se constituyera en Italia, comenzó á ligarse con los enemigos de Carlos V; por eso el condestable que no sabía cómo pagar á sus foragidos, los arrojó sobre Roma; él murió, pero sus soldados iconoclastas (muchos eran luteranos) destruyeron cuanto pudieron con un furor salvaje que habría ruborizado á los vándalos y normandos, y capturaron al papa en nombre del emperador y católico rey, que hizo rogar á Dios por la libertad pontifical, pero que no la ordenó sino cuando el papa consintió en secundarlo.

Por fortuna para el equilibrio (ya empezaba á vislumbrarse esta necesidad), para el equilibrio europeo, Carlos estaba destinado á no poder realizar uno solo de sus vastos designios; su hermano, investido ya del archiducado de Austria, necesitaba de todas las fuerzas del imperio. Era la gran época del imperio turco en Europa, la época de Suleyman el Magnífico. Dueño del mar Egeo (de donde había expulsado á los caballeros de la orden del Hospital tras el asedio empeñadísimo de Rodas), debelador de Arabia, Persia, Egipto, habíase apoderado de Belgrado, la clave del valle medio del Danubio y, vencido y muerto el rey de Hungría en Mohacz, *el cementerio de los madgyares* (1526), se había adueñado del reino entero, y en 1529 estaba sobre Viena. Hubo necesidad de reunir ahí todos los recursos de la cristiandad alemana para salvar la capital de Fernando electo ya rey de Hungría. Francisco I, tan interesado como Suleyman en emancipar el Mediterráneo del dominio de Carlos, concertó con el Sultán una alianza, con gran escándalo de la cristiandad; pero ya la política obedecía á móviles distintos de los que la impulsaban en la Edad Media.

Entretanto el emperador había logrado arrancar por segunda vez la península italiana á Francisco I, gracias á que, abandonando á los franceses, se pasó á Carlos, el verdadero rey del mar entonces, el almirante genovés Andrés Doria, y gracias también al valor del príncipe de Orange en el Sur y á la pericia de Leyva en Lombardía. Después se ajustó la paz de Cambrai con Francia, en virtud de la cual Francisco renunciaba á sus derechos en Italia y Carlos prescindía de los suyos en Borgoña, temporalmente; este último se hizo coronar solemnemente en Bolonia y, para dar gusto al papa Clemente, logró someter á Florencia (en cuya defensa tomó parte activa Miguel Angel) entregándola á la familia del papa, á los Médicis; en Florencia había muerto la libertad italiana (1529).—Luego Carlos, en Alemania, trató de hacer volver á los luteranos al redil católico, prometiendo toda suerte de reformas; sólo consiguió que los disidentes formularsen en toda regla su doctrina (confesión de

Augsburg) y formasen ligas poderosas. — Libertada Viena de los turcos, el emperador, de vuelta en España, intentó dar un golpe decisivo á la piratería musulmana que infestaba el Mediterráneo occidental y destruir á su jefe principal, el célebre Barbarroja, y en una trabajosa campaña logró apoderarse de Túnez. — Empezó en seguida nueva guerra con Francisco I; era la tercera (1536). Después de invadir los franceses el N. de Italia y los imperiales el E. de Francia, y de nuevo la Provenza, por intervención del papa se firmó una paz, que permitió á Carlos reunir una inmensa flota para acabar con el poder de Barbarroja, que desde Argel había restaurado todo su poder marítimo. Fué esta una expedición desastrosa; el mar y el viento fueron los terribles aliados del pirata musulmán; Carlos V, que demostró su grandeza de ánimo entonces, comenzó á suspirar por la soledad y el retiro á que lo inclinaban sus constantes accesos de melancolía hereditaria.

Mientras el emperador trataba de reconquistar por medios políticos á la Alemania disidente y buscaba remedios á las penurias increíbles de su tesoro, pues ni los nobles de Castilla consentían en pagar impuestos (tanto que con este motivo cesaron de ser convocados á Cortes), ni las minas que comenzaban á explotarse en América, ni la mina espléndida del comercio y la industria neerlandesa, bastaban á equilibrarlo, se encontró en la necesidad de hacer frente á Francisco I y á Soleyman, ya su ostensible aliado. Nueva invasión de Italia por los franceses y nueva incursión de los imperiales en Francia; paz firmada en Crespy (1544); nuevas promesas, proyectos de matrimonios y alianzas; todo efímero. Esta paz permitió á Carlos asumir una actitud resuelta contra los señores protestantes ligados en Smalkalda, á quienes venció completamente en Muhlberg (1543). Entretanto, por instancias suyas, se había reunido en Trento el concilio de reforma; mientras deliberaban los padres, publicó Carlos un programa religioso lleno de concesiones á los protestantes, y que se llamó el *interim* de Augsburgo. Mas los protestantes, contando con el auxilio del mejor general del emperador, Mauricio de Sajonia, tornaron á la lucha aliados con Francia, y en tanto que el nuevo rey francés, Enrique II, se apoderaba de las plazas fuertes de la Lorena, Mauricio dictó al emperador la paz humillante de Passau (1552), en la que reconoció como un poder público al protestantismo. — Siguió la lucha con Francia, y Carlos se estrelló ante los muros de Metz; después, fatigado, enfermo y triste, quiso asegurar la corona imperial para su hijo Felipe, que ya gobernaba á España; no lo logró; su hermano Fernando, hacía tiempo archiduque de Austria y rey de romanos, no quiso renunciar á su derecho; el emperador le dejó la administración del imperio, y como compensación, casó á Felipe con la hija de Enri-

que VIII y de la repudiada Catalina de Castilla, con María Tudor, católica fanática, que restableció la dominación del catolicismo en Inglaterra. — Poco después dejó á Felipe, que era ya rey de las dos Sicilias, el señorío de los Países Bajos, y en seguida la corona de España, en una gran ceremonia de abdicación celebrada en Bruselas en 1556. — «Me basta el nombre de Carlos, no soy nada más,» decía el emperador que fué á encerrarse en el monasterio de San Jerónimo de Yuste, en Extremadura. Allí siguió ocupándose en la política general, y compartiendo entre ésta, la oración y las meditaciones, una vida achacosa y triste; los desórdenes de la mesa, á que lo inclinó siempre su temperamento eminentemente sensual, precipitaron su fin (1558). Por poco el siglo más grande de la historia post-romana merece llamarse el siglo de Carlos V.

LA REFORMA O LA REVOLUCION RELIGIOSA.

(1418-1545.)

1. El Renacimiento y la revolución religiosa en Alemania. — 2. Lutero; su obra. — 3. La guerra social. La secularización; reveses y triunfo final de la Alemania protestante. — 4. Propagación de la Reforma.

1. *El Renacimiento y la revolución religiosa en Alemania.* — Ya sabemos que el clamor universal de Reforma que brotaba del seno de la cristiandad en el siglo XV, desoido por la Iglesia, produjo en Alemania, donde la autoridad estaba desmembrada y era casi nula, donde la Iglesia era más rica, es decir, donde los abusos habían sido mayores, por lo que hacía largo tiempo aquella sociedad incubaba el odio más apasionado contra el clero (Janssen), un movimiento intenso que declinó en un Cisma. ¿Este movimiento estaba ligado al del Renacimiento ó no, ó le fué contrario? Un fenómeno tan complejo no puede reducirse, á riesgo de bastardearlo, á una fórmula simple. Sí; sin duda, la Reforma es hija del Renacimiento; el flamante historiador católico de la Reforma en Alemania, Monseñor Janssen, ha demostrado, en primer lugar, cuán lejos estaba la Edad Media alemana de ser la época de tinieblas y superstición en que los reformistas hicieron la luz, según la historia retórica ha afirmado hasta hoy. Cierto; el estado social, en que dominaban el gremio, el régimen patriarcal, el respeto á la religión, presentaba un aspecto más tranquilo que el actual, en que la sociedad pulverizada en individuos ofrece menor resistencia á la tiranía del Estado ó del capital: cierto; el arte, el comercio, el bienestar, reconciliaban al hombre con la vida y con la autoridad tutelar de la Iglesia; las escuelas—bajo el régimen del látigo, es verdad—abundaban,